

Atavíaos decentemente y sed considerados

¡**Q**ué extraña paradoja es que en esta generación, en la que se milita por promover la igualdad de los sexos, las mujeres a menudo salgan perdiendo cuando han ganado! Los sexos no son «iguales». Siempre ha sido cierto que las mujeres tienen bebés y los hombres van a la guerra. Podemos enviar mujeres a la guerra en nombre de la igualdad, pero los hombres no van a tener bebés. Las diferencias naturales y sociales no siempre funcionan a favor de los hombres o de las mujeres. Por ejemplo, sea por causa de presiones psicológicas o por debilidad fisiológica, los hombres tienden a morir a una edad más temprana que las mujeres. La sociedad y la cultura imponen cargas sobre los hombres y las mujeres de modos diferentes y desiguales. No tiene sentido convertir estas desigualdades en el motivo para una «guerra de los sexos».

No habrá legislación ni campaña de concientización que elimine las cargas que los hombres deben sobrellevar como hombres, ni las que las mujeres deben sobrellevar como mujeres. Cada sexo tiene sus respectivos papeles que cumplir en relación con el otro y con el mundo que le rodea. La aceptación de las diferencias emocionales y fisiológicas en un contexto de mutuo respeto es la senda que Pedro instó a sus lectores a seguir.

LA BELLEZA INTERNA DE UN ESPÍRITU AFABLE Y APACIBLE (3.1–4)

Pedro se dirigió primero a las mujeres en 3.1–6, y luego a los hombres en 3.7. Es obvia la desigualdad en el volumen de recomendaciones dadas, pero no es fácil determinar cuál de los dos sale favorecido por tal desigualdad. Si estamos inclinados a considerar restrictivos y gravosos los mandamientos de Dios, es probable que nuestra conclusión sea que las observaciones de Pedro guardan un sesgo a favor de los hombres. Por otro lado, si aceptamos que las Escrituras constituyen el

consejo divino, brindado a través del Espíritu Santo, para beneficio de aquellos a los que se dirige, nuestra conclusión podría ser que Pedro favoreció a las mujeres. Su enseñanza para las mujeres podría resumirse en cuatro temas: «la sujeción, la pureza, la reverencia, y el atavío interno».

La sujeción

Con estas palabras comenzó Pedro: «Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos;...» (3.1). Anteriormente, Pedro había apremiado a estos cristianos a someterse a las autoridades humanas (2.13), y había apremiado a los siervos a someterse a sus amos (2.18). La palabra «asimismo» enfoca nuestra atención en la progresión del pensamiento de los versículos anteriores, al de esta recomendación para las mujeres. La sujeción es parte de la vida. En cualquier acción que implique los esfuerzos de más de una persona, alguien debe estar a cargo. Puede ser que el que esté en autoridad no sea la persona ideal, pero es mejor que sea el segundo o el tercero de la lista de los mejores, el que esté a cargo, que avanzar sin dirección alguna.

Sin sujeción no hay autoridad. Las palabras de Pedro dieron por sentado que la mujer tenía elección en cuanto a su decisión de estar, o no estar sumisa. He conocido familias en las que la mujer no tenía tal elección. Ella, o se sujetaba a su marido, o se veía obligada a llevarlo a un tribunal. El marido cuya mujer se le sujeta por elección es bienaventurado. Cuando Pedro le dijo a la mujer: «estad sujetas», esto es lo que, en otras palabras, estaba diciéndole: «Permítale a su marido ser el líder de su familia». El varón cristiano, cuya esposa se haya propuesto que él no sea cabeza de su familia, hallará difícil ser tal cabeza.

El sujetarse, ya sea a gobiernos, a amos o a maridos, equivale a aceptar un papel determinado

dentro del orden establecido. Ello está muy lejos de constituir una calificación del valor, inteligencia o habilidad de alguien. Pedro dijo que la mujer debe sujetarse a su marido. Es de suponer que se trata de un marido no cristiano. En la medida que las buenas obras y la conducta sumisa de los cristianos constituyan razones para que los gentiles den gloria a Dios (2.12) y hagan callar a los ignorantes (2.15), en esa misma medida la conducta sumisa de las mujeres ejercerá una poderosa influencia para ganar a sus maridos para Cristo. Aparentemente, era cierto entonces, entre los lectores de Pedro, y lo es también hoy día, que las mujeres estaban más dispuestas que los hombres, a abrir sus mentes al mensaje del amor y de la gracia de Dios. No hay duda de que muchos hombres gozarán de la eternidad en los cielos, gracias a que vieron los frutos de la vida cristiana en la conducta sumisa de sus esposas.

La pureza

La influencia que ellas ejercen sobre sus maridos, se describe en 3.2: «considerando vuestra conducta casta y respetuosa». Pedro estaba describiendo la manera como estas mujeres debían vivir. En la NVI se lee: «... al observar él [la] pura... conducta [de ella]». La conducta pura es la que muestra la mujer que se mantiene libre de la más mínima insinuación de deshonestidad o comportamiento indecoroso. Tal vez sea injusto, pero los hombres desearían que las mujeres que aman, se portaran a la altura de un estándar de bondad imposible de alcanzar. Quieren ver en sus mujeres, hermanas y madres, a la virtud y a la pureza personificadas. Llámesele machismo si se desea, pero es un hecho que los hombres respetan a la mujer que se reserva su afecto y sus intimidades para el único varón con el que comparte su vida.

Fue un penetrante comentario el que Allan Bloom, profesor de humanidades de la Universidad de Chicago, escribió en su libro de gran venta, hace algunos años:

Es curioso que la más trillada y la más simple de las perogrulladas, que las madres y los padres les predicaban a sus hijas —«Él no te respetará si le das lo que desea tan fácilmente»— se haya convertido en el más cierto y más penetrante análisis de la situación actual.¹

Que alguna vez esta haya sido una enseñanza «trillada y simple» es algo lo que se puede poner en tela de juicio. Lo interesante es el entendimiento

¹ Allan Bloom, *The Closing of the American Mind (Los estadounidenses dejan de pensar)* (New York: Simon and Schuster, 1987), 132.

que se tiene, de que las mujeres pierden, cuando no atinan a vivir vidas puras. La mujer se gana el respeto y la admiración de su marido mediante la pureza de su vida.

La reverencia

La reverencia de una esposa también puede hacer que un marido incrédulo sea llevado a Cristo. La palabra griega que se traduce por «respetuosa» en el versículo dos («reverencia», NVI), significa literalmente «temor», pero se trata de un temor en el sentido de estar uno delante Dios con una actitud de reverencia y sujeción. La reverencia no es una característica que la mujer pueda activar y desactivar a voluntad. Cuando ella deja guardadas la bondad, la industriosa y la consideración en su guardarropa, juntamente con los vestidos que usa los domingos para ir a la iglesia, su falta de reverencia llegará a ser un tema que deberá ser analizado. Cuando existe el temor de Dios, éste se manifestará en las palabras, la piedad, las oraciones y la caridad cristiana que la mujer muestre, tanto en su vida privada, como en la pública.

El atavío interno

Pedro no estaba recomendando que las mujeres jamás se peinaran su cabello ni se adornaran con joyas, cuando escribió: «Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos» (3.3). Lo que estaba haciendo, era instando a las mujeres a mantener un balance y perspectiva correctos. Se espera que seamos nítidos y atractivos, pero el negar «el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible», para dedicarles energías a los vestidos, las joyas y los «peinados ostentosos», equivaldría al suicidio espiritual. Es mucho lo que la mujer le comunica a su marido mediante la clase de atracción que ejerce sobre él. Si la atracción que ejerce es puramente física, no es probable que le incline su corazón al Señor. Es un carácter semejante al de Cristo en ella, es un espíritu afable y apacible, es la reverencia y la pureza, lo que tendrá un efecto duradero en él.

Debemos tener el cuidado de entender que Pedro no estaba responsabilizando a la mujer, de la obediencia de su marido a Cristo. Hay hombres tan inicuos, y otros tan indiferentes, que nada que sus esposas pudieran hacer, produciría cambio alguno. Pedro no estaba responsabilizando a las mujeres. Lo que estaba diciendo era que una mujer concienzuda y piadosa, va a desear que su marido sea partícipe de su fe y esperanza. Fue con ese objetivo en mente, que él dio esta enseñanza.

Pedro le hizo un llamamiento a la mujer para

que manifestara una formidable dosis de buen juicio, de resistencia paciente y de bondad. Pedro no ha sido el único en valorar la discreción, buen juicio y delicadeza de una mujer sabia y capaz de dar apoyo. Alexander Pope escribió:

La que jamás responde sino hasta que su marido
se calma,
O, la que lo gobierna, jamás mostrándole que lo
gobierna;
La que encanta aceptando, la que sujetándose
influencia,
Sin embargo, todo su humor conserva, cuando
obedece.

Este sentimiento, tal vez, no estaba tan lejos del que Pedro tenía.

EJEMPLOS DE SANTAS MUJERES DEL PASADO (3.5–6)

Pedro conocía el poder de los ejemplos. Cuando les dio instrucciones a los esclavos que se sintieran tentados a quejarse por el maltrato y abuso que les dieran ásperos amos, él apeló al ejemplo de Cristo. El Señor sufrió injustamente. Del mismo modo que el ejemplo del Señor instruyó a esclavos a través de Pedro, así también mujeres santas del pasado instruyeron a las mujeres del tiempo de Pedro. Pedro dijo de ellas, que se ataviaban de un espíritu afable y apacible, que esperaban en Dios, y que de esta manera se habían embellecido. Dicho de otro modo, ellas no habían hallado su belleza en las joyas, en los vestidos ni en los peinados ostentosos.

De hecho, es bastante lo que la Biblia tiene que decir acerca de aquellas santas mujeres. Sara, Rebeca, Lea y Raquel tomaron parte en las vidas errabundas de sus esposos, y con éstos, se apoyaron en las promesas de Dios. Pocos discutirían el sentimiento de Hebreos 11.11, de la Reina-Valera, aun cuando las dificultades textuales hayan llevado a que se lea de diferentes maneras en otras traducciones: «Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido». Después de Sara, Rebeca apoyó a Jacob, la simiente prometida. Más adelante, las esposas de Jacob prefirieron a su esposo antes que a su padre, cuando el patriarca decidió salir de la tierra que las vio nacer, y viajar a Canaán (Génesis 31.14–17).

María, la hermana de Moisés, junto con Aarón, fue una líder cuando Israel salió de Egipto. Rahab, la ramera de Jericó, le ayudó a Israel cuando los espías entraron en Canaán. El nombre de ella se encuentra no solamente en la lista de los fieles (Hebreos 11.31), sino también en la genealogía del

Señor (Mateo 1.5). Entre los jueces, Débora fue una de las jueces que más se destacó. Su himno en Jueces 5, es una de las más hermosas obras de la literatura del Antiguo Testamento. El amor y dedicación de Rut y Noemí, la prudencia y sabiduría de Abigail (1 Samuel 25), la valentía y fe de Ester, tienen todas su parte en la historia de los tratos de Dios con Su pueblo en el Antiguo Testamento.

Las historias de mujeres fieles y dedicadas no se detiene con el Antiguo Testamento. Comenzando con María y Elizabeth, hasta llegar a Dorcas y Priscila, la fe y obras de mujeres santas continúa en el Nuevo Testamento. Fue una poderosa compañía de fieles a la que Pedro echó mano para poner como ejemplo delante de las mujeres cristianas, cuando les dijo: «Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios» (3.5).

La sujeción de estas santas mujeres a sus esposos, formó parte de su historial de fidelidad. La sujeción no es degradante cuando se brinda libremente. Sara, incluso, usó un título respetuoso para dirigirse a su esposo. Cuando las mujeres cristianas se sujetan a sus maridos, ellas llegan a ser hijas espirituales de las mujeres de fe como Sara.

LA HOMBRÍA DE LA CONSIDERACIÓN Y EL RESPETO (3.7)

Cuando se usa correctamente, la instrucción bíblica sacará a la luz lo que hay en el corazón del lector y moldeará su vida. Algo debe andar muy mal cuando se usa la Escritura para acusar, despreciar y condenar a otros. Hace poco estuve en una clase bíblica, en la que el tema se centraba en Santiago 2, y la relación entre la fe y las obras. Un miembro de la clase se tomó varios minutos para censurar a la iglesia por no haberle brindado la clase de ayuda que ella creía debió habersele brindado a un pariente suyo. Sucedió que yo tenía algún conocimiento de la situación. De hecho, algunos miembros amables habían puesto gran esfuerzo y habían sido de gran ayuda en la situación, algo por lo cual fueron objeto de injurias y no les dieron las gracias. Aun si la iglesia no hubiera hecho nada (como a veces sucede, por estar compuesta de seres humanos), no es el propósito de la enseñanza bíblica el estar haciendo acusaciones. Cada uno de nosotros debe aplicársela a sí mismo. La pregunta que debemos hacernos no es: «¿Quién me falló?», sino: «¿En qué he fallado yo? y ¿de qué modo me ayudará la instrucción dada en este pasaje, a ser un siervo más útil en la obra del Señor?».

Los maridos y las esposas deben leer 3.1–7, con

un espíritu de autoexamen. Es responsabilidad de la esposa leer 3.1–6, y preguntarse de qué modo podría ella hacer su vida más santa siguiendo la instrucción del apóstol. Es responsabilidad del marido leer 3.7, y preguntarse a sí mismo si sus acciones son consecuentes con lo que el apóstol dice que los maridos deben ser. Habrán comenzado a usar mal el pasaje si él usa los primeros versículos para castigar a su mujer, o si ella usa el versículo siete para probar que él es el verdadero problema. Después de todo, ¿cómo puede él ser un buen marido, cuando ella se pone tan difícil, y cómo puede ella ser una buena esposa, cuando se ve obligada a vivir con tan odioso hombre? El uso de tales tácticas dará como resultado seguro que todo mundo saldrá perdiendo.

La instrucción del apóstol sobre la manera como el marido debe tratar a su mujer, podría resumirse en tres actitudes. Es cierto que Pedro le dedicó solamente una pequeña sección a los deberes del marido, pero es un gran esposo aquel que pueda alcanzar la estatura de las cualidades halladas allí.

Consideración

Me encanta hojear los libros en las librerías locales. A veces me paseo por la sección de «psicología» que trata sobre el matrimonio y las relaciones familiares. Es asombroso ver cuántos libros de esa clase han sido publicados. Todo mundo tiene su propia fórmula de éxito. Los manuales sobre sexualidad son publicados por docenas, y es probable que sean los libros de mayor venta. Con todos los libros, seminarios, charlas de concientización, etc., que se dan ¿por qué es tan poca la gente que tiene la madurez y el tino suficientes para construir matrimonios estables, mutuamente satisfactorios? Permítame decirle cuál es el ingrediente que me parece que está haciendo falta en la mayoría de los matrimonios que fracasan: la consideración. No hay fórmula que prevea todas las posibles contingencias que puedan requerir consideración.

Expresado brevemente, la consideración que el marido debe tenerle a su mujer es esta: «Todo lo que a usted le gustaría que ella le hiciera, hágaselo igualmente a ella». La consideración consiste en recordar su cumpleaños, enviarle flores, sacarle la basura, escucharle sus quejas, pasar por alto alguna falla, ceder aun cuando fue usted el que cedió la última vez, ayudar con alguna tarea, y mil cosas más que deben hacerse. La consideración puede incluso significar el sujetársele a ella algunas veces.

Respeto

He oído en varias ocasiones a Ira North hablar sobre prácticas que contribuyen a la edificación de hogares estables. Esto es más o menos lo que diría: «Padres, ¿saben ustedes cuál es el más valioso regalo que le pueden hacer a sus hijitos e hijitas? ¡Amen a su madre! ¡Ámenla de todo corazón!». Yo creo que estaba en lo correcto. Hay una cosa que puede distinguir entre alguien a quien usted ama y alguien a quien simplemente desea físicamente: Aquella a quien ama, también la respetará. Respetar a la mujer es valorar sus opiniones y procurar su consejo. Es apreciar su labor y servirle de apoyo cuando necesita que se le reconozca cuán buena, decente y amable es ella como ser humano. Respetar a la mujer es trabajar con ella en la elaboración del presupuesto familiar, avisarle cuando se va a quedar hasta tarde trabajando, y consultar con ella como confidente, sobre sus problemas personales. Ser respetuoso es ser atento y amable.

Compañerismo

Pedro dijo que el marido debe tratar a su mujer «como a vaso» («como compañera»; NVI), y como a coheredera de la «gracia de la vida». Si no me equivoco, la palabra «compañera», en este contexto, incluye la idea de amistad. Los compañeros son amigos. Es cierto que los compañeros comparten responsabilidades y se apoyan unos a otros. Es cierto que su prosperidad y su escasez les llegan a sus vidas y se les van estando ellos juntos. Nada hay más obvio, sin embargo, en una relación de compañerismo, que la manera como por medio de ella, se cultiva una estrecha y duradera amistad. Los maridos deben tratar a sus mujeres como compañeras.

Es asombroso que Pedro nos diera tan sano consejo para construir matrimonios y hogares sólidos y estables, sin mencionar la palabra «sexo» una sola vez. Las relaciones sexuales entre un marido y una mujer son importantes, pero, aparentemente, Pedro no consideraba que el tema ocupara un lugar predominante, como sí lo ocuparon las recomendaciones generales que le encargó al marido y a la mujer cristianos.

CONCLUSIÓN

Para que la sociedad estadounidense no se desmorone, cuando todo mundo se lanza con codicia a satisfacer sus propios deseos, el pueblo de Dios debe mostrar el camino. El punto de partida hacia una sociedad estable y progresiva, es la edificación de hogares seguros que se fundamenten en la consideración y el respeto. En años recientes,

hemos oído que se está hablando más acerca de fortalecer la familia, sin embargo, hemos visto que los esfuerzos por debilitarla están más concertados de lo que una sociedad sana puede resistir. De hecho, la tasa de divorcio no ha disminuido, el número de hijos que viven con padres y madres sin pareja, no ha declinado, y los centros de orientación matrimonial no han carecido de clientes. El hogar

está siendo presionado terriblemente en estos tiempos. Cuando la seguridad y la intimidad están siendo desechadas a favor de un individualismo hedonista, no queda más que dudar acerca de lo que el mañana pueda traer. Las directrices que Pedro apremió a los cristianos a seguir, son principios fundamentales de reciprocidad. ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados